



CAPITULO VIII

Estado moral del Oriente en tiempo de Ciro.—Influencia de los profetas de Israel.—Daniel y la escuela israelita.—El mundo intelectual en el siglo IV antes de J. C.—Los sábios de las naciones.—Lao-Tseu en la China.—Kung-Fu-Tseu (Confucio) y su doctrina.—Zeratoschtro (Zoroastro) y el mazdeísmo entre los persas.—Pitágoras.—Los siete sábios de la Grecia.—Tales y Ferecides.—Doctrina pitagórica.—Escuela de Tales ó de la Jonia.—Escuela de Eleo-Anaxágoras.—Resultados de estas filosofías.—Sócrates y su doctrina.—Platon.—Escuela de Cirene.—Aristóteles.—Zanon y Epicuro.—Gimnosofistas de la India.—Resúmen (1).

Después de más de diez siglos que la razón humana trabajaba sobre sí misma, parecía que la fatiga la iba molestando demasiado, y sentíase debilitada en sus esfuerzos. Su inmoderado deseo de penetrar en lo desconocido, la había arrastrado hasta el abismo; había llegado muy presto á los límites fatales de aquel círculo, hácia el cual siéntese atraída por hallarse desprovista de la fe y de la verdad. Así lo hemos visto ya en efecto: una vez dado este ciego impulso, la caída fué rápida y sin remedio; víctima de su orgullosa confianza, la humanidad se perdía en las más altaneras y miserables aberraciones. Siguiendo las lecciones de los filósofos, y las enseñanzas de los sacerdotes, no había encontrado más que peligros y dudas. Justo castigo de sus extravíos. Dios iba á tomar su venganza.

Pero este gran Dios, que se iba á dignar sacarla de la esclavitud á pesar de las continuas ingraticudes de Israel, este gran Dios, que después de haber castigado á sus hijos con dura esclavitud iba á suscitar á Ciro para que rompiera sus cadenas y glorificara su nombre, este gran Dios se compadeció también de

(1) Hemos consultado para este capítulo las obras de Brucken, *Historia de la filosofía*; M. V. Cousin, *Historia general de la filosofía*; Barthelemy, *Viaje de Anacursis*; Riambury, *Escuela de Atenas*; *Racionalismo y Tradición*; Anquetil-Duperron, traducción del *Zenda Avesta*; E. Burnuf, *Comentario sobre el Yacna*; Peauthier, *China*; Scheul, *Historia de la literatura griega*; M. Pierron, *Historia de la literatura romana*, etc., etc. Riancey, tomo II.

la multitud extraviada que poblaba los vastos campos de la tierra, y permitió que una vez más esta multitud dirigida por voz humana se encaminara á él. De tal suerte, que si estas naturalezas ciegas y rebeldes despreciaban todos estos dones, les quedaba al ménos la esperanza, casi á despecho de sí mismas.

Entonces es cuando comienzan á extenderse á través del mundo oriental las santas nociones depositadas en Israel y cuando es dado á los sábios de las naciones instruirse en su escuela.

No bastó, en efecto, que la voz tonante de los profetas despertara á las grandes ciudades del Asia Central, que, como Nínive (1), oyeran la exhortación al arrepentimiento y la sentencia de maldición. No bastó que el soberbio Nabucodonosor humillase su frente y reconociese al verdadero Dios, que Ciro en su gratitud dijere: «El Dios que está en Jerusalem es Dios.» La misma Babilonia, la gran Babilonia, la capital del Oriente, debió humillar su frente y temblar ante el Dios de Jacob.

¿Con qué admiración no contemplaba Babilonia al hombre santo y privilegiado, á Daniel, á este sábio que era hábil entre los hábiles de la Caldea, que explicaba los sueños y visiones, y ante el cual se prosternaban los reyes, por quien bajan del cielo los ángeles para extinguir el horno y cerrar la boca de las llamas, el ministro profeta que anunciaba la caída de

(1) Jonás.

los imperios y los destinos del mundo? En verdad que las palabras de Daniel causaban profunda impresión en los ancianos de Aram y sobre aquella multitud de discípulos que la antigua reputación de Babel atraía hácia sus murallas, por lo que no es dudoso que los sábios que venían de Oriente á Occidente á buscar allí la ciencia y la verdad llevasen consigo los recuerdos de este hombre, poderoso por la autoridad del saber y por su santidad.

Hay en esto un hecho que quizás no se ha observado lo bastante. Todos estos jóvenes israelitas, á quienes el favor del rey elegía entre las familias de los príncipes de Judá, á quienes se les ilustraba en los conocimientos de los aramios, y que conservaban en medio de la corrupción babilónica la pureza de sus costumbres y de su religión, estos jóvenes, elevados á grandes dignidades en los palacios de los reyes y en los colegios de los sábios, perpetuaron y extendieron seguramente la doctrina de aquellos santos libros, haciendo de cada uno de ellos por lo ménos una copia por su propia mano.

Fué un verdadero centro de luz, y era tal el medio de que se servía para propagar en las clases elevadas estas ideas, que los judíos dispersos sembraban en derredor de ellos hasta en los últimos confines del universo, cierto destello de esplendoroso saber.

Los resultados no se harán esperar mucho; mas, ¿por qué no decirlo? Desde luego, el renacimiento y cambio total no podían ser completos. Quedaba todavía esta mancha imperecedera impresa en la frente del hombre en su nacimiento, quedaba este invencible orgullo, esta naturaleza, viciada por la rebelión original, que no podía ser destruida radicalmente sino por un sacrificio divino, y cuya corrupción debía necesariamente alterar las verdades más sencillas y hacerlas desconocidas á los ojos de todos.

Sin embargo, es un espectáculo curioso el que ofrece el mundo intelectual hácia el siglo IV antes de la era cristiana. El Egipto no vivía sino bajo las leyes dictadas por los hierofontes de Menfis.

La China, dividida en tantos reinos como provincias, no creía en nada, ó, lo que es lo

mismo, no tenía fe más que en el más fuerte. La India, extraviada con sus brahmanes, seguía perdida con los sucesores de Buddha. La Persia, confundiendo todas las antiguas tradiciones, no adoraba más que á los astros del cielo y á su monarca absoluto. La Grecia apenas recibía los primeros ensayos de la constitución iniciada por Esparta, tenía tantos dioses como ciudades. Roma, en su cuna, adoraba á todas las divinidades, que llevaban á sus murallas todos los nuevos pueblos que ella recibía. Las tierras de Occidente, de la Galia y de la Iberia honraban á la naturaleza y á sus fenómenos.

Comienza por entonces á desplegarse por todas partes una singular y nueva actividad: por doquiera aparecen hombres, osados reformadores, que predicán nuevas doctrinas y arrastran en pos de sí á los pueblos y á los reyes.

Babilonia era el centro del mundo civilizado en Oriente; allí es donde había hablado Daniel, allí es donde acudían todos los que deseaban aprender la ciencia y la verdad. Los aramios se admiraron al ver allí á un hombre con largas vestiduras y de lenguaje ceremonioso, cuya cabeza, afeitada, tenía en su frente dos prominencias, y que viajaba muy tranquilo. Este extranjero venía de los extremos del Oriente, y se volvía á las desconocidas comarcas que le habían visto nacer. El «anciano-niño» Lao-Tsen, dió á los chinos su libro de la *Razon suprema*, Tao, donde cuenta él las maravillas de este sér, superior y omnipotente é incomunicable, cuyo nombre es inefable, y que no se puede contemplar sino en los momentos en que no está uno dominado por alguna pasión.....

«Antes del caos, añade, que precedió al cielo y á la tierra, existía un solo sér inmenso y silencioso, inmutable, y que obra sin sufrir alteración ninguna. Oigamos también esta importante declaración: «El Tao produjo á uno, uno produjo á dos, dos produjeron á tres, y tres produjeron todas las cosas.» Y ¿cuál no será nuestra admiración, cuando á este Tao, á esta triada y á esta unidad, el sábio de la China da letra por letra el inefable nombre de Jehová I H V, signo precioso que excusa todo co-



mentario y que confirma la tradición del viaje de Lao-Tseu al Occidente, sin dejar duda alguna del origen de su doctrina?» (1).

Sin embargo, el espíritu del hombre no puede alcanzar la verdad pura, y por privilegiada que fuera la inteligencia de Lao-Tseu, incurrió en los errores del alma universal, y la contemplación de esta alma le arrastró al panteísmo, á una especie de indiferencia que se roza mucho con el buddhismo. Bueno es que se reconozca todo; Lao-Tseu era uno de aquellos hombres privilegiados que reciben del cielo un sentido más perfecto, una razón más elevada, y cuya voz resuena en la humanidad para inspirarle el consuelo y la esperanza. La moral de Lao-Tseu es uno de los grandes esfuerzos del espíritu humano, iluminado por el reflejo de las verdades mosaicas.

Lao-Tseu murió sin que fuera comprendido. Su palabra, agradable para el pobre y caritativa para el desgraciado, sabia atacar de frente los excesos de los grandes: «El poder de la fuerza no dura más que un momento,» decía él; abusaba en sus generosos arranques; el destierro fué su herencia, y nadie sabe dónde murió el grande hombre. La China embrutecida rechazó sus doctrinas, que la predecían la *venida de un salvador que operaría del Occidente*. Algunos discípulos, sin embargo, almas más generosas, oyeron sus enseñanzas, y el culto, sér soberano á pesar de sus adulteraciones, halló un asilo en sus santuarios.

Por lo demás, los enemigos de la doctrina del sábio se vieron obligados á hacerla justicia, y su generoso rival Kung-Fu-Tseu honró el poder de su inteligencia. Si la admiración de que daba testimonio este último era sincera, debió él seguir los principios de quien tan-

(1) Abel de Romusat, *Melanges asiatiques*, lib. I. M. Estanislao Julien dió una traducción del *Livre de la Voie et de la Vertu*. sus conclusiones no son absolutamente las de Abel de Romusat, y, según él, hay mucho más panteísmo que teísmo en la doctrina de Lao-Tseu. M. V. Cousin cita diferentes axiomas que, en efecto, se relacionan con el quietismo místico de la India, *Historia de la Filosofía*, edición de 1863, p. 40. Es, por lo demás, lo mismo que nosotros indicamos.

tos elogios hacia; pero Kung-Tseu se creyó á sí mismo nada más, y quiso mejor consagrarse á arreglar el país con su propia autoridad.

Habia sido por otra parte, según se asegura, el objeto de las complacencias del Tieu del cielo, desde sus primeros años. El animal Ki-Sin, que no aparece nunca sino para anunciar los grandes sucesos, se presentó en el jardín de su madre; los dragones se cernieron por los espacios que rodeaban su casa, y cinco ancianos entraron juntos en el departamento del recién nacido. Hasta la edad de veinticuatro años Kung-Tseu no fué sino un hombre ordinario, un magistrado íntegro y diligente; pero ya comenzaban á bullir en su cabeza los proyectos de reforma. Como Lao Tseu, fué también Kung perseguido por la mala administración de su país y especialmente por aquella completa indiferencia en materia de creencias, y por aquel culto que era la herida mortal de la China en aquella época de trastornos.

Durante los años de retiro que siguen al luto de una madre, realiza sus planes y comienza la reforma por el ejemplo. Observador rígido y minucioso, se entregó con ardor increíble al estudio de la historia, de la música, del ceremonial, de la escritura, de las matemáticas y de la esgrima. Fué después á despojarse solemnemente de su traje de luto sobre la tumba de su madre. La atención pública estaba sobreexcitada, la mantuvo en continua agitación con sus excursiones á los pequeños reinos de la China, y pronto se mostró como reformador del mundo: «Yo me debo á todos los hombres, decía; porque no son todos más que una familia, de la que debo ser yo su maestro. Constante con el encargo que se había impuesto á sí mismo, recorrió todas las capitales, reprendiendo á los jefes y corrigiendo abusos, y fortaleciendo el reino de Lu, donde todo se hacia según sus órdenes y propia inspiración. Terminó por molestar al rey complaciente, y llevó más allá sus avisos y doctrinas. El rey de Uley le hizo desde luego grandes deferencias; el filósofo comprendió que no debía abusar y pasó sucesivamente á la corte de Thasao y á la de Sung.

Pero el número de sus discípulos iba au-



mentando de día en día; llegó á hacerse sospechoso; el sable dispersó las asambleas que él presidía, y no halló en ninguna parte más simpatías. El sentimiento se apoderó entonces de su alma: llegó hasta desesperarse un momento. Sus discípulos le infundieron valor.

Viejo y enfermo, abandonado de los gobernantes, se contentaba con dar sus lecciones sobre el campo del albaricoque, sobre cuyo uso por entonces compuso su gran obra de «*libro de los versos*,» Chi-king. La pérdida de su discípulo querido Ken-Huei le trastornó, y exclamó diciendo: «El cielo me ha dado la muerte.» Algun tiempo después murió, nueve años antes del nacimiento de Sócrates (479).

Los honores que le tributaron no pueden compararse sino teniendo en cuenta la inmensa influencia de su doctrina. Millares de discípulos la propagaron; ella fué como la fe religiosa, política y social de la China. Leyes, costumbres é instituciones, todo lo regulan los libros de Confucio en el Celeste Imperio.

La moral, los deberes de los hijos para con sus padres, el culto dado á sus predecesores, el respeto absoluto al emperador y la adoración del cielo, Tien, son las únicas bases de la reforma de Kong-Tseu. Una sola palabra que admira pronunció en su vejez; era esta quizás el fruto de su conversación con Lao-Tseu. Anunció para cinco siglos después de él «*la consumación de toda sabiduría*» en la persona de un «*sábio por excelencia que debía venir del Occidente*.» Después de esta declaración, nada hay en sus obras que ofrezca suerte alguna de duración, nada que explique el prodigioso resultado de sus enseñanzas. Es un círculo de hierro, en el cual vive la China ya hace dos mil cuatrocientos años condenada á la apatía y á la inmovilidad.

Otra revolución se operaba por entonces en el Asia Central. De las altas montañas del Elbrouz bajó un día un hombre, de severo trato y de palabra altanera. Este era un descendiente de los antiguos reyes del Irán, que naciendo sonriéndose, estaba predestinado para grandes cosas. Entonces había muchos magos é idólatras en la Persia, y apenas quedaban algunos «*poëriodecheshans*» fieles, algunos sec-

tarios de la religión de Djem y de Feridun. Este Zeratochstre ó Zerdust, Zoroastro, se decía instruido en las antiguas palabras por Heomó, é inspirado por él. Había ido á iniciarse á Babilonia en las antiguas ciencias de la Caldea, y luego marchó cerca de Gustasp, Darío Histaspes.

En nombre del Eterno, que había enseñado á Feridun, encarga al gran rey la reforma del culto y la aceptación del libro de la verdad, «*Zend-Avesta*.»

Había curiosas revelaciones en este libro. Al principio, el Eterno, «*el tiempo sin límites*,» Zervano había creado dos principios, dos séres, Ormuzd, Ahura-Mazda y Ahriman, Ayra Manya, el bueno y el malo, el dios de la luz y el dios de las tinieblas. Después fué creado el hombre en estado de pureza; nació del toro primordial, y quedó unido á un *feruer* en su representación inmaterial y en su alma. Y el cielo estaba destinado para el hombre y para la mujer primeramente creados, Mesquia, Mesquiana, con tal que fueran humildes de corazón y con tal que cumplieran..... la ley y fuesen puros en sus pensamientos. Debían con estas condiciones hacer su felicidad mútua. Pero en el país de las delicias, en donde vivían, Ahrimanes fué á encontrarles, y este maldito indagó sus pensamientos y les sedujo, y el Dew no les dijo que la mentira les daría los frutos de que comieron; y por esto, de cien ventajas de que gozaban, no les quedó de ellas más que una. Y estos son el padre y la madre del género humano, y cuando murieron, sus cuerpos se mezclaron con la tierra, y su alma volvió al cielo para esperar allí la hora del juicio. «Porque, dice Ormuzd, habrá resurrección; Mesquia y Mesquiana resucitarán, y todos los demás después de ellos; y en cincuenta y siete años todos los muertos serán resucitados. El alma reconocerá el cuerpo, y entonces aparecerá sobre la tierra la reunión de todos los séres del mundo, y cada cual verá el bien y el mal que habrá hecho, y los justos irán al Góratman, y los Darvands, los malos, al Douzarek.» Unase á esta creencia el culto debido al Eterno, orar á Ormuzd y huir de Ahrimanes, hacer por la mañana el *isechne*, «la oración,»



con los setenta y dos «bas,» y teniendo en la mano el «barsom» de veintitres brazos, y alimentar ú honrar el fuego sagrado en honor del gran mediador Mithra, tales son las condiciones para ser contado entre los verdaderos servidores de Dios, los «Mehestanes.»

En el fondo había en el «mazdeísmo» (1), una reacción poderosa contra las supersticiones asiáticas. El dualismo, triste concesión hecha al error, dejaba la superioridad al dios único y verdadero, Ahura-Mazda; «todo cuanto bueno existe, procede de él,» y «en el fin de los siglos triunfará.» Añádase, y esta revelación es curiosa, ya porque proceda de la primitiva fuente, ya porque esté tomada de la doctrina de Israel, añádase que «un día vendrá del Oriente un gran profeta que acabará la obra que el fiel Mazdeen habrá comenzado, y herirá con un postrero golpe el poder del príncipe de las tinieblas» (2).

Una moral no del todo impura completaba la obra de Zoroastro. La divinidad no debía ser reproducida en imágenes figuradas; el fuego, símbolo de Agni, era su única representación. A presencia de Ormuzd, con su ayuda y la de Izeldas, Mazdeen debía pasar su vida combatiendo el mal en todas sus formas. Así es cómo cumplió en él y en derredor de él la lucha de Ormuzd con Arimanes. La mentira es objeto de una prohibición especial: «No hay nada tan vergonzoso como el mentir,» dice la doctrina zoroástrica. Las costumbres y las leyes tienen cierta dulzura: no se permite hacer morir á un hombre por un solo crimen, ni castigar atrozmente al esclavo por una sola falta. El legislador no quiere creer en el parricidio; este crimen está fuera de lo verosímil, y no puede ser cometido más que por hijos supuestos ó adulterinos.»

Ante esta religión y esta doctrina, los magos degenerados y las castas sacerdotales de Caldea y de todo el imperio de los persas se alarman y oponen á la admisión del nuevo culto.

(1) Este nombre se da á la religión en Zoroastro, y procede del nombre de «Mazda» (Aura-Mazda), Ormuzd, el buen príncipe.

(2) Guillemin, *Historia antigua del Oriente*, p. 361.

Zoroastro les confunde, cura maravillosamente el famoso caballo de Gustasp, aquel quizá que le había hecho rey, como cuenta Herodoto (1).

Su entusiasta elocuencia inflama al monarca, y se vieron todas las fuerzas del Irán empleadas en hacer reconocer en el Asia Central la doctrina del sábio del Elbrouz. Al punto fueron respetadas sus leyes desde el Eufrates al Indo, y el brahmin *Tchengregatcha* las lleva á las Indias (2).

Zeratochstro era honrado como un dios. Volvió á Babilonia é hizo resonar sus lecciones allí donde había aprendido sus primeros conocimientos.

Entre sus numerosos discípulos, pudo notar un extranjero de noble estatura, de majestuosa mirada, cuya imaginación se apropiaba las enseñanzas con rara avidez, cuya firmeza de carácter aceptaba las más minuciosas prácticas, y cuyo espíritu meditabundo encontraba placer en la contemplación de las ideas abstractas y de la armonía universal. Este hombre era un jónico de Samos y llamábase Pitágoras; hizo una revolución en las ideas á su regreso á la Hélade.

Ya en este país se habían encontrado espíritus levantados, cuya superior capacidad desdenaba las rutinas del culto y los groseros errores de las masas, y que, impulsados por el deseo de saber, habían consultado á los pueblos extranjeros, sondeado su propia razón y pedido á su propio juicio las soluciones que la memoria humana había perdido.

Exornados con el nombre de «sábios» por el reconocimiento de los pueblos, siete hombres, jefes de Estado y políticos ante todo, Perianдро, Bias, Cleóbulo, Quilon, Pitaco, Mison y Solon habían constituido ciudades, y algunos preceptos de equidad natural que habían puesto en práctica, les habían valido una elevada reputación.

Estos no eran, sin embargo, ni sábios á la

(1) Herodoto dice, en efecto, que los primeros relinchos del caballo de Darío que saludaron el sol, fueron el presagio y la señal de su elevación á la autoridad suprema.

(2) Véase para todo esto el *Zend-Avesta*.



manera del Oriente, ni filósofos como los que el Occidente va á producir. Es necesario llegar al jonio *Tales* de Mileto y á Ferecides de Es-ciros: el primero, que estudió la naturaleza por sí misma y sin aplicación social, había ido á buscar á Egipto el secreto de las ciencias ocultas; el segundo llamó la atención sobre las grandes cuestiones del universo. Tales había alcanzado su renombre anunciando un eclipse, y había asombrado á la Grecia iniciándola en los secretos de astronomía y de geometría que había aprendido de los sacerdotes de Menfis. Algunas lacónicas respuestas, algunos preceptos de moral, la inmutable ley de la necesidad, constituían toda la filosofía de este hombre, que vivió sin alegría y murió sin pesar. Su herencia científica fué recogida por Anaximandro, y se fundó la primera escuela.

En esta época volvió Pitágoras al Occidente. Había en sus primeros años escuchado las lecciones de Tales y de Ferecides. Discípulo de los magos, de los brahmanes y de los sacerdotes del Egipto (1), combinando en su elevado genio todas estas confusas nociones, frecuentemente contradictorias, fué á hablar á la Grecia un lenguaje nuevo para ella. No se dirigió á la península helénica, en la cual dominaban entonces los tiranos; estaba aún reciente la conquista dórica. Pitágoras detestaba los tiranos, y él era jónico, y pasó á la Grecia de Italia. A su voz depusieron sus armas las ciudades y abandonaron sus voluptuosas costumbres; las mujeres de Crotona se despojaron de sus adornos, los tiranos abdicaron sin pesar.

Esto era hijo del entusiasmo que inspiraba este hombre, de brillante ropaje, con la frente ceñida con una diadema de oro; los pueblos exclamaban «que un dios había descendido á la tierra para librarla de sus males.»

Acudieron los discípulos junto á este sábio, que, en el silencio de sus pasiones, escuchaba con una pura alegría la «música» de las esferas rutilando en el espacio, que proclamaba como la primera necesidad del hombre el ocuparse en la Divinidad, someterse á sus decre-

(1) Herodoto y Sócrates afirman que Pitágoras era «discípulo de los sacerdotes de Menfis.» Cousih, *op. cit.*, p. 110.

tos, indagar sus voluntades por la adivinación, que descubría la proporción y las armonías del mundo, y el movimiento de este Dios, alma inmensa que había organizado la materia eterna, y de la cual nuestras almas emanadas son como partículas (1). Este Dios único ve constantemente todo lo que nace y se produce; él es el que forma los seres inmortales, el autor de su poder, el origen de todas las cosas, el padre, el alma de todos los seres, el motor de todas las esferas (2); creer en él es pensar y querer.

Después venían los «números» para desenvolver, para explicar este sistema. La cifra sagrada, la *triada*, resultado de la *unidad* generadora y de la *dualidad* pasiva, era la perfecta expresión del universo, del gran *Todo Pan*, sér viviente, inteligente y esférico, en el cual todos los seres se renuevan sin perecer jamás y sufriendo tan sólo equitativas transformaciones. Panteísmo y metempsicosis eran, pues, los desconsoladores resultados de estos bellos estudios, de esta noble contemplación, para la cual se impuso tantos sacrificios.

Era, en efecto, un espectáculo extraño para el Occidente el de este *orden* fundado por el sábio, el de este instituto en el que se observaban la abstinencia, el silencio y la meditación, las tres palancas de la inteligencia, en el cual todos los bienes eran comunes, en donde la pureza de costumbres sancionaba una verdadera amistad, y en donde el respeto del maestro estaba hermanado con el más acendrado afecto. El instituto se extendía cada día más, y los ricos se alarmaron. Pitágoras no quería dar empleos más que al mérito, y la multitud se indignó porque proscibía la elección por suerte. Pitágoras fué desterrado de Crotona, y murió errante sobre la tierra que había cubierto con sus beneficios. Esta era también la suerte de Laó-Tseu; este es el destino de la virtud, aun la humana.

La persecución no se detuvo por esto. Se persiguió á los pitagóricos como bestias feroces; se les quemó en las casas. Dispersos y todo como

(1) Ciceron, *Academ.*

(2) San Justino, mártir.